

CONDICIONES RELACIONADAS CON LAS CONDUCTAS PERTURBADORAS EN LA ESCUELA

Factores familiares que pueden influir en los problemas disciplinarios



Al describir las conductas perturbadoras más comunes en el ámbito escolar que he aludido, brevemente, a algunas situaciones de índole familiar que las pueden condicionar. En este capítulo las trataré con mayor extensión porque considero que los docentes deben tener ideas claras al respecto.

La primera escuela del niño es la casa, sus primeros modelos sus padres y sus experiencias iniciales las que vive en las relaciones con éstos, sus hermanos y otros parientes cercanos. Cuando ingresa al preescolar llega con una serie de hábitos y modos de conducta que ha desarrollado en la vida familiar. Su normal adaptación a la vida escolar dependerá, en parte, de la

madurez que haya alcanzado para afrontar las nuevas exigencias de la escuela. Necesitará ser capaz de formar parte de un grupo como un niño más, lo que supone saber compartir y seguir reglas; poder relacionarse de manera satisfactoria con una figura adulta distinta a las familiares y colaborar con las instrucciones que se le dé; posponer sus deseos e interesarse por tareas de aprendizaje. El estilo de crianza en combinación con los rasgos temperamentales del niño formará la base de sus patrones de comportamentales. Hay una variedad de experiencias familiares que predisponen a los niños a presentar conductas inadaptadas en la escuela. Revisaremos las más comunes.

La permisividad

Los niños tienen necesidad, para una buena crianza, de respetar límites; aprender a postergar deseos y caprichos; a respetar a los demás comenzando por sus familiares; a tolerar las frustraciones de manera creciente. Es decir, se le deben establecer límites claros y con una exigencia progresiva a medida que crece y es capaz de una mejor comprensión. Cuando los padres y demás familiares que se relacionan diariamente con el niño no lo educan de esta manera, el producto es el típico niño consentido, sin límites, que no ha internalizado normas de disciplina ni de respeto, que pretende que todos estén para servirle y hacer lo que a él o ella se le antoje, que no acepta un ¡no! por respuesta a sus demandas. En este tipo de niños todo es derechos y muy pocos deberes. Se crecen de tal manera que llegan a convertirse en verdaderos tiranillos de la familia. Si a esta permisividad se une un temperamento asertivo o impulsivo, el resultado en la escuela es un alumno muy desafiante y desobediente, manipulador, que intenta ser el centro de la clase exigiendo de los demás compañeros y del maestro que se sometan a su voluntad. Con frecuencia logran enfrentar a los padres con la escuela. Si el consentimiento se da en un niño tímido o temeroso, su conducta es más bien inhibida en la escuela, pero en la casa se transforma haciéndose insoportable tratando de imponer su voluntad.

La sobrevaloración

Ausubel y Sullivan nos dicen que “el padre que sobrevalora no tiene ningún interés en deprimir las nociones infantiles de omnipotencia pues interpreta estas características como preanuncios de futura grandeza, por lo cual continúan proporcionando al niño, con su conducta indulgente y lisonjera, un ambiente que le ayude a mantener por algún tiempo la ficción de su omnipotencia”. (D. P. Ausubel y E. Sullivan: El desarrollo infantil 2. El desarrollo de la personalidad. Paidós, 1983). El niño sobrevalorado desarrolla una autoestima exagerada, una inflación del yo que lo hace muy vulnerable a reacciones desmedidas cuando no se le da la prestancia que el cree merecer. Es propenso a generar rechazo y conflictos con el grupo o con los maestros. Otra posibilidad es que el niño en estas condiciones tenga dificultad en la aceptación de la autoridad cuando va en contra de sus intereses particulares.

Negligencia parental

Los padres necesitan ejercer una supervisión constante sobre la conducta de los hijos a todo lo largo del proceso de crecimiento y desarrollo para ir haciendo las correcciones necesarias e inculcar buenos hábitos personales y sociales. Al mismo tiempo que se constituyen en modelos de conducta que los niños tengan como referencia de lo que se quiere de ellos. Este trabajo es responsabilidad de ambos padres, o en todo caso, de todos los adultos que viven con el niño. Si se descuida esta labor, se cae en la negligencia parental. No se abandona físicamente al niño, no se le priva de la satisfacción de sus necesidades materiales, pero se descuida su formación disciplinaria. El niño no llega a internalizar las normas adecuadas de convivencia ni de autodisciplina que se reflejará en la escuela en conductas impertinentes o disociales. La negligencia parental es extrema cuando son ambos padres los que no ponen atención a la formación del niño. Cuando es uno de los padres el que es negligente, lo cual sucede más a menudo con los padres de sexo masculino, todo dependerá del esfuerzo que haga el otro

padre por educar al hijo o hija. Se da a menudo esta circunstancia con padres muy ocupados en sus labores profesionales, o en actividades de índole social o política., pero también en aquellos que no se sienten inclinados o preparados para educar hijos optando por retirarse dejando al cónyuge o a otra persona de la familia. Los padres descuidados se caracterizan por no atender los llamados de atención de la escuela sobre la conducta de los hijos, por no dar mucho apoyo a estos en sus labores escolares y porque tienden a dejar la responsabilidad de la educación de los hijos en otras personas de la familia o a los maestros. Si los hijos tienen que ir a consultas de psicología o psiquiatría, los envían con una abuela, abuelo, tía, madrina, padrino o nana porque ellos “están muy ocupados”. Si se llega a un punto en el que en la escuela se están quejando mucho del hijo y tienen medios económicos suficientes, deciden cambiar de centro educativo buscando uno donde no se les incomode exigiéndoles más responsabilidad.

Ambiente familiar conflictivo

Las relaciones intrafamiliares alteradas impiden una labor de crianza y educación normal. EL tiempo y el esfuerzo que se regalan al conflicto se le restan a los que se deben brindar a la labor educativa y a la comunicación positiva con los hijos. Los conflictos familiares son de diversa naturaleza y van desde:

- Trastornos en las relaciones maritales.
- Problemas de los padres o uno de ellos con otros familiares que viven con ellos.
- Conflictos entre los padres o uno de ellos con uno de los hijos, generalmente un adolescente o adulto joven.
- Conducta perturbadora de uno de los miembros de la familia.

Las peleas y discusiones constantes crean un clima muy desfavorable para los niños quienes pueden llegar a la escuela con ánimo trastornado, irritables y predispuestos a reaccionar con violencia o con malos modos ante cualquier mínima presión, exigencia o roce con los otros niños o el maestro.

Cuando la situación de conflicto familiar se inicia desde edades muy tempranas de un niño y se hace crónico, este no conoce otra forma de vida que estar siempre a la ofensiva y a la defensiva, en un estado de enfrentamiento permanente. En la escuela reproducirá patrones de conducta acordes con estas experiencias de vida familiar.

Maltrato físico o psicológico

Las agresiones físicas o psicológicas que se propinan a un niño o niña en la casa, sobre todo cuando son habituales, favorecen la emergencia de sentimientos de frustración, de no ser querido, de rabia reprimida y deseos de devolver el agravio, que, por no poder hacerlo contra el padre o la madre maltratadores, se deriva hacia otras figuras como los hermanos, compañeros de clase o maestros. En cierta manera, para el estudiante maltratado, el docente masculino sustituye a la figura del padre a quien se le tiene aversión y el femenino a la madre hostil y por tanto contra ellos se dirige la reacción agresiva, física o verbal, en circunstancias en la que aquellos tratan de corregirlo o advertirle sobre su conducta. Robar en la escuela, vandalismo, también son conductas que se relacionan con antecedentes de maltrato. El joven maltratado las realiza como actos de venganza contra los padres o padre del que recibe las afrentas. El hostigamiento y las agresiones a condiscípulos son a su vez, maneras de descargar la violencia que se recibe.

Desintegración familiar

Los niños sufren una profunda decepción cuando uno de los padres, con quien se sienten muy ligados afectivamente, abandona el hogar. Si el padre que se ha ido mantiene una comunicación y una presencia física frecuente, es posible que la ansiedad y la frustración inicial se alivien. Pero, por el contrario, si el padre o la madre que se han separado de la familia se ausentan del todo, o se van alejando progresivamente, los sentimientos negativos iniciales lejos de superarse se agravan derivando en

resentimiento, rabia, depresión, agresividad y otras veces, deterioro tanto de la conducta como del rendimiento escolar. Estudiantes que anteriormente rendían normalmente, que no se comportaban mal, empiezan a mostrarse hostiles, violentos, desafiantes, impertinentes o taciturnos. El desmejoramiento de la conducta se puede manifestar con otras acciones que nunca se hubiera imaginado pudiera ejecutar como robar, destruir cosas ajenas, escaparse de la escuela o negarse a ir a ella, etc.

Disciplina autoritaria

La disciplina autoritaria en palabras de Ausubel y Sullivan (Op. Citada), “es severa, tiránica, vengativa y orientada al poder en función de medidas de control”. Los hijos sometidos a este ambiente disciplinario tipo cuartel militar sufren toda clase de arbitrariedades de parte de los padres, o del padre, que la ejerce. En la relación que se establece de dominio y sumisión no hay espacio para la afectividad ni para el diálogo sincero y constructivo. Los niños y jóvenes en estas circunstancias no tienen derechos, solamente deberes. No suelen darse los refuerzos positivos, los elogios, el reconocimiento de los logros, a menos que representen algún tipo de beneficio para el ego del padre controlador. La disciplina autoritaria, restrictiva, no permite un adecuado desarrollo de la autodisciplina porque el niño se acostumbra a ser controlado siempre por otra persona, y en los momentos en que no está bajo vigilancia de quien impone las normas represivas, actúa en forma inmadura para su edad. En otros casos, este tipo de crianza produce niños muy sumisos, temerosos o ansiosos.

Ambigüedad en las normas disciplinarias

Otro estilo de crianza es el que los hijos no llegan a tener claridad en lo que se quiere de ellos en relación a la conducta debido a la incoherencia de quienes los educan en el ambiente familiar. La incongruencia puede darse porque los mayores no se ponen de acuerdo y tienen concepciones diferentes de cómo inculcar la disciplina; porque haya otros miembros de la familia

como abuelos o tías que interfieren en la labor educativa de los padres oponiéndose a ella o dando mensajes contradictorios al niño. Otro escenario posible es el de una inconsistencia en la conducta de los padres, no por diferencias entre ellos o con otros familiares, sino por ser ellos mismo personas sin una clara visión de los objetivos de la educación lo que generalmente se sustenta en experiencias propias de crianza o en una falta de formación personal. Ante los mensajes contradictorios que recibe de uno u otro familiar, el niño se acomoda al que más le conviene. Esta ambigüedad en la crianza obstaculiza la adquisición de una conciencia de la pertinencia de las conductas por parte de los niños dificultándoseles mucho más disciplinarse en el ámbito escolar. La confusión en la disciplina se asocia frecuentemente con la permisividad y la negligencia parental.